

JINETE EN UN CUBO

FRANZ KAFKA

LA PIEDRA NEGRA

MARCELO BIRMAJER



*Cuentos cortos
para el verano*

“Jinete en un cubo” de Franz Kafka (1883-1924)

“La piedra negra” de Marcelo Birmajer

En *El compañero Desconocido (Diez recuerdos inventados)*, Editorial Alfaguara

© Marcelo Birmajer

Imagen de tapa: Archivo Campaña Nacional de Lectura

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Cuentos cortos para el verano”

Ministerio de Educación

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lectura

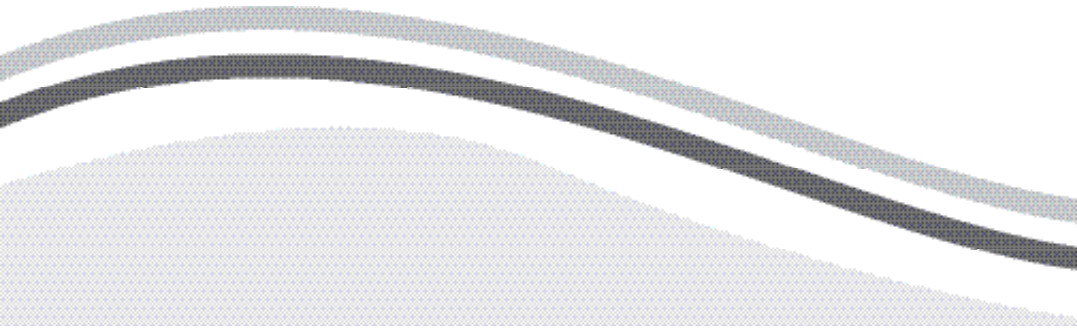
República Argentina, 2007

JINETE EN UN CUBO

FRANZ KAFKA



Consumido todo el carbón; vacío el cubo; sin sentido la pala; la estufa espirando frío; la habitación llena de un hálito helado; ante la ventana los árboles ateridos; el cielo transformado en un escudo de plata para quien implore su ayuda. Necesito conseguir carbón; no debo todavía congelarme; despiadada la estufa detrás de mí, ante mí el cielo igualmente despiadado; en consecuencia debo cabalgar fieramente entre ambos y en el medio a pedir ayuda al carbonero; pero él ya está insensibilizado a mis pedidos habituales; debo probarle en forma del todo convincente que ya no tengo el más diminuto polvillo de carbón, y que, por lo tanto, él sería para mí lo que el sol en el firmamento. Tengo que llegarme como el mendigo que, jadeando de hambre, quiere expirar ante el umbral, y a quien por eso la cocinera de los señores se decide a dejarle gotear en los labios la borra del último café; de la misma forma que el carbonero, furibundo pero iluminado por el mandamiento “no matarás”, arrojará en mi cubo una palada llena de carbón.



Mi solo despegue debe ser ya decisivo, por eso salgo cabalgando en un cubo. Jineteando en el cubo, mano arriba en el asa -la mas simple de las bridas- me muevo dificultosamente las escaleras abajo; pero allí mi cubo asciende, magnífico, magnífico; jamás camello alguno, después de haber estado echado en tierra, se ha levantado más hermosamente sacudiéndose bajo el bastón del guía.

A trote parejo vamos por la calle helada; muchas veces encuentro que me he elevado hasta la altura del piso; bajo hasta la puerta de calle, y ante la bóveda del depósito del carbonero floto extraordinariamente alto, mientras él muy abajo está encorvado ante su mesita y escribe; ha abierto la puerta para dejar salir el calor excesivo.

–¡Carbonero! –grito, envuelto en las nubes de mi aliento y con voz cavernosa y quemada por el frío–. ¡Por favor, carbonero, dame un poco de carbón! Mi cubo está ya tan vacío que ya puedo cabalgar sobre él. Sé bueno. ¡No bien pueda te lo pago!

El carbonero se llevó la mano al oído.

–¿Oigo bien! –pregunta por sobre el hombro a su mujer, que teje sentada en el banco del hogar–. ¿Oigo bien? ¿Es un cliente?

–No oigo absolutamente nada –dice la mujer, aspirando y espirando tranquilamente por sobre las agujas de tejer, con la espalda agradablemente calentada.

–¡Oh, sí! –grito–. ¡Soy yo! Un cliente antiguo y leal, sólo que por el momento sinrecursos.

–Mujer –dice el carbonero– es; es alguien; tanto no puedo equívocarme; tiene que ser un cliente antiguo, muy antiguo, para que pueda tocarme así el corazón.

–¿Qué tienes, hombre? –dice la mujer, y descansando un momento aprieta la labor contra el pecho–. No es nadie. La calle está vacía. Toda nuestra clientela está ya provista. Podemos cerrar el negocio por muchos días y descansar.

–Pero yo estoy sentado aquí sobre el cubo –grito, y lágrimas insensibilizadas por el frío que me caen de los ojos–. ¡Por favor, miren hacia arriba! Me descubrirán en seguida. Pido solamente una palada de carbón; si me diesen dos me harían más feliz; total, todos los otros clientes están ya previstos. ¡Ah, si pudiera oírlo ya sonar en el cubo!

–Ya voy –dice el carbonero, y con sus cortas piernas quiere subir por la escalera del depósito. Pero la mujer ya lo alcanza,

lo retiene por un brazo y dice:

–Tú te quedas aquí. Si no desistes de tu testadurez seré yo quien suba. Recuerda la fuerte tos que tuviste anoche... Pero por un negocio, así sea sólo imaginario, te olvidas de tu mujer y de tu hijo y sacrificas tus pulmones.

–Entonces, dile todas las clases que tenemos en el depósito, yo te iré cantando precios.

–Bien –dice la mujer y sube a la calle.

Naturalmente, en seguida me ve.

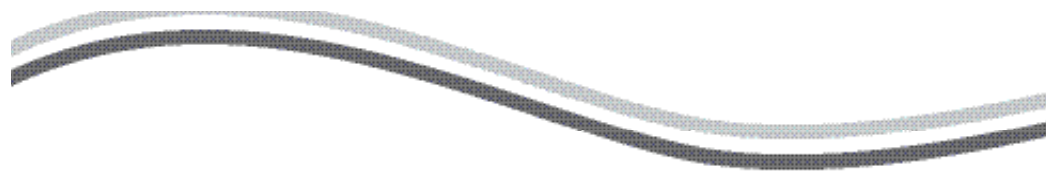
–Señora carbonera –digo yo–. Mis respetuosos saludos. Solamente una palada de carbón, aquí nomás en el cubo; yo mismo lo llevo a casa; una palada del peor; naturalmente se lo pago todo, pero no en seguida, no en seguida.

–¿Qué teñido de campanas son estas dos palabras “no en seguida”? ¡Y qué fascinadamente las mezcla usted con el toque de ángelus que justamente ahora se deja oír desde la torre de la iglesia vecina!

–¿Qué quiere, entonces? –exclama el carbonero.

–Nada –contesta la mujer–. Te digo que no es nada. Yo no oigo nada; únicamente que están dando las seis, y nosotros cerramos. Hace un frío terrible. Mañana probablemente tendremos todavía mucho trabajo.

Ella no ve ni oye nada, pero, no obstante se suelta el delantal e intenta ahuyentarme con él. Lamentablemente, lo consigue. Mi cubo tiene todas las ventajas de una buena cabalgadura; sólo le falta capacidad de oposición; es demasiado liviano; un delantal de mujer lo hace salir disparado.



¡Mala! –le grito aún, mientras ella, volviéndose al negocio, mitad despectiva, mitad satisfecha, da un manotazo al aire–.
¡Mala! ¡Te pedí una palada del peor y no me lo diste!

Y así diciendo me elevo a las regiones de las cordilleras de hielo y me pierdo hasta nunca más ver.



LA PIEDRA NEGRA

MARCELO BIRMAJER

Otra cosa que me pasaba de chico es que perdía todos los útiles de la cartuchera, y a veces la cartuchera también. Mis padres debían comprarme cada día un nuevo lápiz, una nueva goma o un nuevo compás (¿todavía siguen usando compás y transportador en la escuela?), y una cartuchera por semana. Yo creo que existen ciertas personas cuya atención sólo puede ser atrapada por algunos hechos muy llamativos, y no les queda atención para ninguna otra cosa. Es el día de hoy que sigo perdiéndolo todo: los lentes de sol, el control remoto del televisor, una ojota, los papeles donde anoto las direcciones en los viajes. Por eso, me paso buena parte de la vida buscando. Es curioso, porque por un lado debo buscar objetos -llaves, la agenda, una tarjeta-, pero también busco historias para contar, busco sabiduría en las historias de otros escritores, y busco la verdad. ¿Qué es la verdad? Bueno, cómo debe vivir uno para sentirse completo, qué es el bien y qué es el mal, qué es el alma... En fin. Del mismo modo que no busco una sola cosa material: buscando el control remoto encuentro las llaves, buscando la agenda encuentro la lapicera, etcétera; tampoco busco una sola cosa cuando busco las demás: en busca de una historia puedo encontrar un consejo, o en la persona más inesperada puedo

encontrar una buena historia. La actitud del buscador siempre debe ser un poco distraída: no sea cosa que por buscar con demasiada atención una sola cosa se pierdan muchas otras.

No sé si mis reflexiones les están resultando lo suficientemente claras; de modo que, por las dudas, como siempre, contaré una historia. No necesariamente porque mi historia vaya a dejar del todo claro el asunto de los buscadores, sino porque, si no queda del todo claro, al menos habrán disfrutado de un cuento.

Cierta mañana de enero me hallaba caminando con mi padre por las playas de Miramar. Yo debía tener doce años. Como mi piel nunca se ha llevado bien con el sol, acostumbraba pasear por la playa a horas muy tempranas: siete y media u ocho de la mañana, para poder disfrutar del mar y el cielo a pleno sin convertirme en un piel roja. El mar en las primeras horas del día es un espectáculo distinto: las aguas son plateadas, y la espuma es más blanca. El cielo es de un celeste discreto, como si estuviera apareciendo por primera vez. La brisa marina es fría, pero es un frío hospitalario. Mi padre caminaba silencioso, con las manos entrecruzadas tras la cintura; y yo zigzagueaba entre los restos de las olas y la arena húmeda. De pronto, mi padre se detuvo y vi que su mirada se clavaba en un punto de la arena húmeda. Incluyó apenas la espalda y recogió algo del suelo. Me lo mostró.

Era una piedra negra. Una piedra ovalada como un camafeo, reluciente y lisa. Era tan negra que parecía la matriz del color

negro, el modelo del que se había partido para luego ir distribuyendo los matices del negro por el resto de los objetos.

Mi padre me mostró la piedra .

–Tal vez no haya ninguna piedra como ésta en todo el mundo –dijo–. Está aquí tirada, y a nadie le interesa. Pero tal vez sea la piedra más negra del mundo, y tal vez no haya ninguna otra piedra igual. En ese caso, valdría más que el oro.

Yo extendí la mano para que depositara allí la piedra negra ; pero mi padre, con una agilidad que pocas veces le he visto, llevó su brazo y su mano hacia atrás y lanzó la piedra más allá de las olas, al centro del mar.

Desde entonces, busco la piedra negra. Cuando buscaba los útiles, cuando busco el control remoto, cuando busco una buena historia o cuando busco la verdad, busco la piedra negra. ¿Y qué significa la piedra negra? Lo sabré si alguna vez la encuentro.



FRANZ KAFKA

Nació en Praga el 3 de Julio de 1883, hijo de una acomodada familia de comerciantes pertenecientes a la minoría judía de lengua alemana. Cursó sus estudios en el Instituto Alemán del Altstadt Ring y a los veintitres años obtiene el título de Doctor en Derecho y trabaja como empleado en varias compañías de seguros. Si bien inicia la carrera de Derecho su vocación era la literatura. En 1907 escribe los primeros relatos que se publicaron en la revista *Hyperion*, como *Preparativos de bodas en el campo*, en su diario (1911) plasma *El mundo urbano*, siendo este luego el núcleo de uno de sus grandes relatos: *La condena*. Entre 1913 y 1919 Franz Kafka escribió *El proceso*, *La metamorfosis* y *La condena* aparte publicó *El chófer*, que incorporaría más adelante a su novela *América*, *En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*.

En 1917 los médicos le diagnostican tuberculosis que termina con su vida el 3 de Junio de 1924 en el sanatorio de Kierling, cerca de Viena. Su más íntimo amigo, el crítico y escritor Max Brod, hace caso omiso de su última voluntad y en lugar de destruir sus obras las dio a conocer al mundo.

MARCELO BIRMAJER

Nació en Buenos Aires, en 1966. Es escritor. Ha publicado, entre otros libros, *Un crimen secundario* (novela, 1992), *El alma al diablo* (novela 1994), *Fábulas salvajes* (1996), *El fuego más alto* (cuentos, 1997), *Ser humano y otras desgracias* (cuentos, 1997), *Historias de hombres casados* (cuentos, 1999), *No tan distinto* (novela 2000), *Tres mosqueteros* (novela, 2001), *Nuevas historias de hombres casados* (cuentos, 2001) y *Últimas historias de hombres casados* (cuentos, 2004). Es co-autor del guión cinematográfico "El abrazo partido", ganador del premio al Guión Inédito en el Festival de Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana 2002 y del Oso de Plata en Berlín 2004, del premio Clarín al mejor guión y mejor película, y nominada al Oscar por la Academia argentina de cine. Ha ejercido el oficio de redactor y colaborador en más de un cincuenta de medios gráficos de habla hispana. Entre otros, ha publicados artículos y cuentos en la revistas *Fierro*, *La Revista* (del diario *La Nación*), *Viva* (del diario *Clarín*) y *Página/30*; en los diarios *Clarín* y *Página/12*; y en los diarios españoles *el ABC*, *El País* y *El Mundo*. Escribe semanalmente en la revista *Ya*, del diario chileno *El Mercurio*. Algunos de sus libros han sido traducidos al alemán, al italiano, al holandés y al portugués. Fue honrado con el premio Konex 2004 como uno de los cinco mejores escritores de la década 1994-2004 en el rubro *Literatura Juvenil*.



MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

Campaña Nacional de Lectura



Mar del Plata
Secretaría de Educación - MGP



M

Municipalidad
de General Alvarado